LOS HIJOS DE LA FORTUNA TEAGENES, Y CLARIQUEA.

DE GALAN.

MIS tragedias, mis ansias, mis historias,
mis desdichas, mis penas, y mis glorias,
de Fermutis el cuento,
el fin de Tisbe tragyco, y sangriento,
sin otras muchas cosas,
que nos acontecieron generosas,
desde que en busca de los dos saliste,
hasta que al bravo Tiamis venciste,
ya lo sabrás pues tienes à tu lado
quien por mayor te las havrà contado;
y asi para no ser nada de esto,
ni loco, ni prolixo, ni molesto
contigo, con los otros, y conmigo,
aquello dexo, y lo demás prosigo.
Luego, pues, que la noche
à su rapido coche,
el manto de humo, que quizas tenia
arrebujado por temor del dia,
desplegaba por todo el mar profundo,
dexando à obscuras la mitad del mundo,
nos embarcamos, sin llevar camino
fixo en nuestro destino,
ni saber à que Puerto
nos conduciria aquel baxél incierto,
que quien huye, temiendo su ruina,
solo camina à huir, quando camina.
Y al cabo ya de un mes, como una tarde
nuestra vista cobarde
descubriese una Isleta,
que por sola, por verde, y por escueta,
y por cercar la planta espuma fria,
lunar en rostro blanco parecia.
Ignorantes, pensando,
que ibamos de fortuna mejorando,

que sin

sin recelo, ni pena,
tierra tomamos en la selva amena;
y apenas por su margen discurrimos,
quando cercados (què dolor!) nos vimos
de unos fieros Gigantes,
tan altos, tan sobervios, y arrogantes,
que à crecer con los pinos apostaban,
y la apuesta midiendo les ganaban.
Y en una verde choza
(que con fresnos, y juncos se reboza,
porque del Sol los candidos carbunclos
no penetren sus fresnos, y sus juncos)
nos metieron con otros diez cautivos,
que mas muertos que vivos nos dexaron
nos dixeron, que aquellos fieros hombres
(por si acaso ignorabamos sus nombres)
eran los Lotofagos,
que despues de otros barbaros estragos,
carne humana comian,
y que para comernos nos traían
presos allì, con cuya triste nueva,
desde la obscura cueva,
con suspiros, y afectos retirados,
del cuello las armellas, y candados,
que el rigor puesto le havia,
descerrajar mi corazon queria,
y mas viendo à mi esposa que mirando,
que el plazo de mi vida iba llegando,
aun no pestañeaba vigilante,
por no dexar de verme aquel instante,
que la antepuerta de azabache, y nieve,
puerta de luz, quando sus cielos mueve;
y como al verme con afecto tanto,
se duplicaba el llanto,
y à sus ojos las lagrimas salian,
y las pestañas no se sacudian,
porque no se cerraban,
y en ellas embebidas se quedaban,
y luego se juntaban en saliendo,
y las iba el dolor endureciendo;
y asi sin violentarlas, ni cogerlas,
del evano colgában hechas perlas,
que de lexos miradas,
parecian dos bellas arracadas
del aljofar descompuesto,

que

que las niñas de adentro le havian puesto.
Asi los dos estabamos sintiendo,
quando llegaron con confuso estruendo
seis de aquellos atroces
Polifemos, diciendo à grandes voces,
que à cenar se venia con nosotros,
y arrojando los unos, y los otros
seis fresnos, que por baculos traían,
en donde se sostenian
seis torres de medúlas, y de venas,
sobre las espadañas, y verbenas,
dexandose caer como Faetontes,
en la mitad quedaron los seis montes.
Y en sentandose todos, entrò uno,
èmulo del gran hijo de Neptuno,
y à los presos llegandose furioso,
ò por mas infeliz, ò mas hermoso,
echò la mano à un Joven, y à un peñasco,
apretandole el puño sobre el casco
en su dureza impresos,
con los cabellos arrancò los sesos
Y arrebatando el cuerpo en un instante,
sirviendole los dedos de trinchante,
le dividiò las piernas, y los brazos,
arrojando los trozos à pedazos
sobre la vil, y Lotofaga mesa,
para que asiese cada qual su presa,
por señas sì, que tan caliente estaba,
que dentro de la boca palpitaba,
y el golpe ardiente huia,
cuya caliente sangre les caía
al apretar las manos rigorosas,
por las barbas espesas, y cerdosas.
Despidieronse todos en cenando,
de la carne arrojando
los huesos en los barbaros manteles:
ataronnos las manos con cordeles,
dexaron unas teas encendidas,
fueronse à recoger à sus guaridas,
pusieron à las puertas un risco entero,
quedóse un Lotofago por portero,
hizo del heno una mullida trama,
durmióse, vílo yo, lleguè à la cama
atrevido, valiente, amante, y ciego
puse las manos sobre el mismo fuego,

has-

hasta que à vueltas de la carne herida
vino à humear la soga retorcida,
ayudè con los dientes lo restante,
cayò à mis pies el cañamo flamante,
desatè à los demás lleguè à la boca
de la cueva sangrienta que una roca
tenia por mordaza,
pusele el hombro, conseguì la traza,
rompimos la prision, al mar huimos,
la lancha apercebimos,
soplò felice un ayre, y en efecto
desamarrando la ligera nave,
que fue la mitad pez, la mitad ave,
las velas dimos, à la selva fria,
y libres nos hallamos con el dia.
Con aquesto pensamos, que la suerte
templara el rigor fuerte,
con q̃ hasta entonces nos havia tratado;
mas no sucediò asi, que el Cielo airado
para la vez postrera
reservò la desdicha mas severa.
Es pues el caso, que este mar undoso
se suele helar, por ser tan rigoroso
el frio que sus pielagos condensa,
con general ofensa
de aquellos tristes, que con el batallan,
y en sus paramos liquidos encallan.
bien à mi costa supe este accidente,
pues una tarde que el cristal corriente
se iba entumeciendo,
agua al principio siendo,
al fin liga jugosa,
luego masa, despues helada losa,
vidrio de alli à un instante,
y al cabo piedra marmol, y diamante,
pareciendo su espejo detenido,
plata sin pies, carambano dormido,
quaxado nataron, difunta pluma,
lodo de nieve, y macizada espuma,
en cuyos alabastros empedrada,
y de aljofares candidos mirada,
sobre el torpe elemento
calmò la nave sin faltar el viento.
Bien estuvimos mas de veinte Auroras,
esperando por horas,
que Apolo desleyera
la superficie de la blanda cera,
que fue surciendo el yelo;
mas viendo pocas señas en el Cielo
de desmarañar la risa estambre,
y viendo que la hambre
llegaba horrible, y fea
hasta rodear las xarcias, y las breas,
el mar dexamos todos, y mi esposa
me fue siguiendo como al sol la rosa,
tendiendo al ayre las doradas crines,
y jazmines pisando dos jazmines.
Asi anduvimos mas de quatro dias,
hasta que ayer por diligencias mias
esta hermosa Provincia descubrimos,
donde salimos, y à los Dioses dimos
gracias de havernos hasta alli librado.
Y estãdo (ay triste!) sobre el verde prado
qual tiernos Ruiseñores,
mi Esposa, y yo diciendonos amores
à la cenefa de una clara fuente,
encontrè con los tuyos de repente.
Vieronme, conocieronme, llegaron,
conmigo se abrazaron,
à mi esposa prendieron,
y de esta suerte atados nos traxeron
hasta esta gran Ciudad de Chipre copia,
que el Reyno ha usurpado de Etyopia,
donde à tus pies postrado, amãte, y ciego
te suplico, y te ruego
me hieras, me castigues, me maltrates,
me atropelles, me injuries, y me mates,
por reo, por traydor, por fugitivo,
por loco, por sobervio, por altivo,
como perdones luego à Clariquea,
que como mire yo, como yo vea
sin peligro su vida,
la fiereza rendida,
depuesto el noble brio,
tus pies bañando con el llanto mio,
y de ellos abrazandome amoroso,
esperarè la muerte muy gozoso,
que no estraña la muerte un desdichado,
q̃ sabe que es perder lo que ha adorado.

F I N.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Luis de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.